

JOHN W. WEEKS

Secretario de la Guerra en las Administraciones  
de Harding y Coolidge.

Por Robert H. Todd.

Los veinte años en el Comité Nacional Republicano, me dieron la oportunidad de conocer y venir en contacto con mucha gente importante en el referido partido. Allí conocí a John W. Weeks, quien representaba a su Estado, Massachusetts. Era banquero de profesión; es decir, hombre adinerado.

Cuando en 1921 Harding tomó posesión de su cargo de Presidente, nombró a Weeks, Secretario de la Guerra y durante mi estancia de siete meses en la Capital federal, tuve oportunidad de visitar varias veces a mi viejo amigo. Weeks había tomado en alquiler una hermosa mansión situada en la Avenida Massachusetts, y sus fiestas eran suntuosas.

Una de las primeras cosas oficiales que tuve que tratar con Weeks, como Secretario de la Guerra, fué una muy delicada. Puerto Rico entonces estaba bajo la influencia y control del Departamento de la Guerra. Me había escrito el Dr. Barbosa que tratase de oponerme a que se nombrase Obispo de Puerto Rico, para sucesor del Obispo Jones, quien acababa de fallecer en Filadelfia, a un Je-

suíta español, de apellido Verdugo, residente en Cuba, a quien Monseñor Aversa, Delegado Apostólico recomendaba para la vacante. Había yo hecho varias gestiones cerca del General Mac Intyre, el Sub-Secretario de Estado, Bliss y un Senador por Louisiana muy amigo del Cardenal Gonghrety, sin ningún resultado. Mac Intyre me dijo que el Gobierno Norteamericano no se inmiscuía en asuntos de Iglesias. Bliss, a quien había conocido cuando fué Secretario particular del Gobernador Hunt, me dijo que la cuestión religiosa, de cualquiera denominación, era cosa prohibida en el Departamento de Estado y que él, oficialmente, no debía siquiera oírme hablar de ese tema. Me informó Bliss que el Delegado del Papa no tenía oficina en Washington, y que vivía en una población vecina, porque sabía que no podía ser recibido por ninguna autoridad federal.

Fuí a ver al Secretario de la Guerra Weeks como último recurso. Le conté el caso y los pasos que había dado y cómo había fracasado y venía donde él para que me sacase del apuro.

Weeks tenía un carácter bonachón, y le gustaban los chistes y cuando tenía que reirse lo hacía plena y llanamente. De constitución fuerte, algo barrigón, al oír mi historia empezó a reir a carcajadas sujetándose el vientre con ambas manos. Yo no salía de mi asombro, pues la

cosa no era de risa, y entonces Weeks me dijo: "¿Pero cómo no voy a reirme de las cosas que a mí me pasan? Toda mi vida he sido un simple banquero, y es de lo único que entiendo, de números, y de zopetón me traen aquí a Washington de Secretario de la Guerra, yo que en mi vida he cogido una escopeta en mis manos; y ahora usted me trae una cuestión de iglesia, y de la iglesia Católica Romana. ¡Ya lo creo que me río!"

Como yo no podía fracasar en mi empeño, seguí hablándole a Weeks de la importancia e influencia que tiene la iglesia Católica en los hogares de otros países; que queríamos un Obispo que guiase a nuestro pueblo por senderos liberales y no uno procedente de una organización como la de los Jesuitas, y español, por añadidura, como lo era Verdugo.

"¿Quién es su candidato para el cargo vacante?", me preguntó Weeks.

"No tengo ninguno", le contesté. "Solamente queremos que se nombre a un cura que simpatice con los puertorriqueños que queremos que predomine el espíritu de América en nuestro país."

"Pues bien", me dijo Weeks, "no haga usted más gestiones. Yo trataré de llegar a Roma antes que llegue la recomendación del Delegado Apostólico. Venga a verme dentro de algunos días. Pero le ruego que no le diga a

nadie que yo estoy gestionando esto, pues como miembro del Gobierno no debo meterme en cosas de la Iglesia."

Cuando volví a verle pocos días después, me dijo que el fraile español no sería nombrado, pues su mensaje había llegado a Roma antes que el del Delegado Apostólico. El resultado fué que Caruana fué nombrado Obispo de Puerto Rico. Cumplí mi palabra de no hablar de esto a nadie y hoy es la primera vez que lo hago público.

Weeks no hizo nunca buenas migas con el entonces Gobernador de Puerto Rico. Cuando tenía oportunidad de hablarle, lo hacía clara y duramente, y en varias ocasiones me encontraba presente cuando esto ocurría.

"No he visto en mi vida un hombre más pretencioso", me dijo una vez Weeks. "Figúrese usted que me dice que cuando visita los distintos pueblos de la Isla, las multitudes salen a recibirle y que las ovaciones son más grandes que las que le tributaron al Presidente Teodoro Roosevelt cuando éste visitó la Isla." "¿Usted será para aquella gente un especie de Lincoln?", le dije siguiendo la corriente de su historia. "Usted lo ha dicho", me contestó. "La gente de Puerto Rico dice que soy un segundo Lincoln, para ellos". Y aquí Weeks se desternillaba de la risa.

"Este hombre", siguió diciendo Weeks, "me recuerda lo que pasó en mi pueblo en Massachusetts con un Juez. Era soberanamente estúpido, así como el Gobernador de Puerto

Rico, y sin embargo se creía una lumbrera, y los abogados se reían de él. Un día en que se celebraba un juicio en la Corte, y mientras el Fiscal hacía preguntas a un testigo, el Juez tenía ambos codos sobre el escritorio, y los brazos y manos separados como seis pulgadas de la cabeza, y movía los dedos de ambas manos como hace uno que se rasca la cabeza. Los abogados que estaban sentados más abajo frente al Juez, lo observaban y uno de ellos preguntó: '¿qué demonios está haciendo ese hombre?', cuando otro abogado contestó: 'es que él cree que está rascándose la cabeza'."

"Ahí tiene usted al Gobernador de Puerto Rico", concluyó diciendo Weeks, "cree tener una cabeza más grande que la que en realidad tiene".